

Proust y proustianismo

Eduardo Peláez Vallejo

Estas palabras se inscriben en la idolatría por el fantasma del escritor francés Marcel Proust (1871-1922), cuando ha transcurrido casi un siglo desde su muerte, el 18 de noviembre de 1922, en París. Y son un homenaje a su prosa y a sus lectores, especialmente a los silenciosos solitarios que honran sus vidas tratando de descifrar los sentidos y los sabores de *A la recherche du temps perdue* (*En busca del tiempo perdido*), embelesados por la inmensidad y la gracia de sus frases.

Hacia mediados de 1983, la novela *La muerte de Álec*, del poeta Darío Jaramillo Agudelo, su primera novela, fue finalista (segunda) del Tercer concurso de Novela Colombiana, de la editorial Plaza & Janés. La novela ganadora, quién lo creyera, fue *Pero sigo siendo el rey*, de David Sánchez Juliao, alumno de los años 60 del colegio de los jesuitas en Medellín, como Darío Jaramillo. Poco después, *Pero sigo siendo el rey* se convirtió en una telenovela exitosa. A Sánchez Juliao lo recuerdo como un costeño del internado del colegio de San Ignacio, de bluyín Lee y gafas de marco de carey, patinando en reversa por los corredores de baldosas lisas, blancas y negras, que enmarcaban las canchas de basquetbol, como si fuera para adelante. Por lo demás, después apareció en su cara (solamente en su cara) un cierto parecido con el mismísimo Gabriel García Márquez.

La muerte de Álec comienza con esta frase su primer capítulo: "La vida no tiene argumento". Y el último, el 18, termina así: "... viste que yacía el cuerpo de un pájaro muerto". Antes de la versión final, la frase era esta: "... viste que yacía el cadáver de un pájaro muerto". Darío alcanzó a ver la tautología y se ho-

rrorizó, y decidió compartir conmigo la última revisión de la novela, antes de su publicación. Yo recibí esa invitación como un homenaje.

Yo vivía en mi casita, en una montaña del Retiro, solo y feliz, leyendo libros, criando caballos de paso fino colombiano y montándolos por los caminos sin carros ni gente que iban desde Los Salados hasta El Tablazo, en un mundo que recuerdo y ya no es imaginable.

Allá llegó por señas Darío en el escarabajo verde claro, viejo e inmortal, un sábado a mediodía, con las pruebas de su libro, sin rostro de amargura por no haber ganado el concurso. En la mesa del comedor, que parecía un miniburro de carpintería y yo utilizaba para dejar temporalmente cosas que no sabía dónde ubicar definitivamente, Darío vio, apenas entró a la casa por primera y única vez, los siete tomos de *En busca del tiempo perdido*, en la edición de Alianza Editorial, con traducciones de Pedro Salinas, José María Quiroga Pla y Consuelo Berges, que yo había comprado el viernes con grandes esperanzas y me proponía leer inmediatamente, de una sola sentada, porque para eso, para leer, había dejado mi mundo anterior, que estaba bueno y fácil de vivir. Y me dijo una de sus sentencias: "Si vas a leer a Proust, hablamos dentro de diez años. Ese es el virus del aislamiento". Y yo había criado para mi uso personal mi propio virus del aislamiento, que ya deambulaba libremente por mis neurosis.

Antes de ponernos a trabajar en *La muerte de Álec*, leí en voz alta el comienzo del primer tomo de Proust, "Por el camino de Swann" ("Du coté de chez Swann"):



Jean-Gabriel Thénot.
Testigos silenciosos. 0.80 x 0.80 m.
Tinta china/madera. 2014

Mucho tiempo he estado acostándome temprano. A veces, apenas había apagado la bujía, cerrábanse mis ojos tan presto, que ni tiempo tenía de decirme: “ya me duermo”. Y media hora después despertábame la idea de que ya era hora de ir a buscar el sueño; quería dejar el libro, que se me figuraba tener aún entre las manos, y apagar de un soplo la luz; durante mi sueño no había cesado de reflexionar sobre lo recién leído, pero era muy particular el tono que tomaban esas reflexiones, porque me parecía que yo pasaba a convertirme en el tema de la obra, en una iglesia, en un cuarteto, en la rivalidad de Francisco I y Carlos V. Esta figuración me duraba aún unos segundos después de haberme despertado: no repugnaba a mi razón, pero gravitaba como unas escamas sobre mis ojos sin dejarlos darse cuenta de que la vela ya no estaba encendida [...].

En junio de 1983 se publicó *La muerte de Álec*, una hermosa novela con vetas de poesía, digna

de su autor. Darío me la dedicó así: “Eduardo: Con lo que hiciste, vos me la deberías dedicar a mí. Con mi amistad”. Fino, el poeta. Pero mi mejor aporte a la corrección de la novela fue la lectura de las primeras frases de Proust, que afinaron los sentidos.

Ese lunes de junio, ya recuperada mi soledad, al final de la mañana verde y azul empecé a leer *En busca del tiempo perdido*, por el primer tomo, “Por el camino de Swann”, desde la dedicatoria (“A Monsieur Gaston Calmette como testimonio de profunda gratitud, Marcel Proust”) y la “Primera parte: Combray”, con la esperanza de llegar al final del séptimo tomo, “El tiempo recobrado” (“Le temps retrouvé”), una tarde de arboles, allí, en el escritorio de tapa inclinada del abuelo, con vista



a la montaña de picos sin nombre que bajaba desde el Alto de Las Palmas hasta el valle del Retiro, apenas salpicada de casas de campo tradicionales, señaladas por las arboledas que las asombraban, guardaban e incorporaban al paisaje del bosque nativo, en la tierra de ondulaciones profundas.

Desde las primeras palabras me sentí habitante de la literatura más fina, la equivalencia francesa de las comedias y las tragedias inglesas de Shakespeare y el alma española del Quijote liberada por Cervantes. El título bien podría ser "El espíritu de Francia".

Y descubrí la clave de mi emoción: la prosa de Proust se me asimiló con el rigor de la sensibilidad, más exigente y certera que la mera racionalidad, quizás porque la sensibilidad proviene de la libertad y produce libertad, dos instancias de la experiencia literaria.

La vida se me fue alargando y ampliando en la lectura, por ámbitos y extensiones del hombre que sin ella no habría podido ni siquiera imaginar. Leí lentamente, palabra por palabra, perdido en la concentración, por semanas, meses, años... y, en 1986, al final de una tarde inmensa de sol, después de más de tres mil páginas de encantamiento, me sorprendió la última frase, que va a continuación de un punto seguido:

Si me diese siquiera el tiempo suficiente para realizar mi obra, lo primero que haría sería describir en ella a los hombres ocupando un lugar sumamente grande (aunque para ello hubieran de parecer seres monstruosos), comparado con el muy restringido que se les asigna en el espacio, un lugar, por el contrario, prolongado sin límites en el tiempo, puesto que, como gigantes sumergidos en los años, lindan simultáneamen-



Jean-Gabriel Thénot. *Testigos silenciosos. Paisaje Urbano fragmentado*. 2.50 x 12.00 x 0.04 m (56 piezas de 1.22 x 0.30 m). Tinta china/Papel Propalcote/madera. Col. Museo de Antioquia. 1997

te con épocas tan distantes, entre las cuales vinieron a situarse tantos días.

En ese momento, ya no era posible para mí desprenderme de los siete tomos, guardarlos en la biblioteca en su espacio de veinte centímetros de largo, por diez de fondo y dieciocho de alto, porque desde la primera frase: “Mucho tiempo he estado acostándome temprano”, se me convirtieron en el aire de mi aliento literario. Entonces, los tuve siempre a la mano, encima del escritorio, en forma de dos torres que me aislaban más del paisaje que yacía al otro lado de ellas.

Después, leí la “definitiva biografía” de Marcel Proust, del inglés George D. Painter, una investigación meticulosa que partió de su embelesamiento con la obra del francés, y lo llevó a visitar el pueblo de Illiers (el modelo del Combray de la novela) y a estudiar en detalle

una enorme documentación relativa a la vida y la obra de Proust. La lectura de la biografía en dos tomos fue realmente una relectura de *En busca del tiempo perdido*, porque va ceñida paso a paso al texto y lo ilustra con invocaciones de la realidad y con datos que favorecen la sensación de su lectura.

En el otoño de 1986 viajé a París con dos hermanos y un amigo. Los hermanos iban a ver cómo estaban las telas y el vestuario; el amigo a continuar su errancia; y yo, a *proustianear*.

Un día de octubre me acompañó uno de los hermanos a Illiers, el pueblo de la familia del padre de Proust, el doctor Adrien Proust, al suroeste de París. El doctor fue el primero de su linaje que dejó la tierra madre para irse a París. Allí estudió medicina y se transformó

en un burgués, brilló y fue condecorado con la Orden de la Legión de Honor por su aporte a la salud pública en la lucha contra el cólera, con la implementación del cinturón sanitario. En su novela, Marcel Proust representa e idealiza el pueblo, con el nombre de Combray.

Como a media mañana partía el tren, tal vez de la estación de Austerlitz, por la ruta de Chartres. Antes de llegar a la estación, a pie, vimos en la vitrina de una charcutería un derrame de pistachos rosados irresistibles, que en vez de resecarnos la boca nos hicieron salivar, como si hubiéramos visto sudar a un limón partido en dos mitades. Sin probarlos, compramos un kilogramo de pistachos color payaso, empacados en un saco enorme que escasamente cupo por la puerta del tren. Y también compramos una botella de *cognac*, y nos regalaron dos vasos pequeños de plástico. Dudamos en comprar embutidos y quesos, que nos miraban desde sus ganchos y puestos en los estantes y las neveras, pero desistimos porque ya la carga era muy grande y nos restaba movilidad, que en últimas es una exigencia de la libertad. Por un momento nos preguntamos si no sería preferible prescindir de los pistachos de color rosa y llevar los quesos, los embutidos, una barra de pan francés y dos botellas de vino, más bien que la de *cognac*, pero la actividad del ancestro campesino y una cascada de comodidad nos decidieron por los pistachos y el licor de 40% de volumen de alcohol.

Abordamos un tren viejo, lento, hermoso, cuyos vagoncitos parecían de madera pintada. Yo tenía la ilusión en reversa de que fuera de los mismos en que viajaba la familia Proust en pascua, para activar en mí la nostalgia de recuerdos ajenos, que ya no me sería posible reproducir fielmente con hechos, porque entre la niñez del escritor y mis treinta y siete años había un abismo de un siglo y una profunda grieta cultural cualitativa y cuantitativa, insuperables a fuerza de pura lectura:

Reconocíase la torre del campanario de San Hilario desde muy lejos, inscribiendo su fisonomía inolvidable en un horizonte donde todavía no asomaba Combray; cuando, en la semana de resurrección, la veía mi padre, desde el tren que nos llevaba de París, corriendo por todos los surcos del cielo y haciendo girar en todas direcciones su veleta, que era un gallo de hierro, nos decía: “Vamos, coged las mantas, que ya hemos llegado”. Y en uno de los grandes paseos que nos dábamos estando en Combray, había un sitio en que el estrecho camino iba a desembocar en una gran meseta cuyo horizonte cerrábalo la dentada línea de unos bosques, y por encima de ellos asomaba únicamente la fina punta de la torre de San Hilario, tan sutil, tan rosada, que parecía una raya hecha en el cielo con una uña, con la intención de dar a aquel paisaje, todo de naturaleza, una leve señal de arte, una única indicación humana.

Había pocas personas en el tren. Eran campesinos mayores, con sus atuendos en función de utilidad, sin vanidad, con la piel tocada a fondo por el sol, silenciosos en la sencillez de sus alegrías y sus tristezas, hombres y mujeres que habitaban su tierra al impulso de la historia.

En el tren disonamos mi hermano y yo, pero los nativos tenían en su rutina la visión de seres de otros mundos que lucían ridículos en el transporte de los pobres y hablaban en palabras incomprensibles: las romerías de proustianos que gastan vidas y dinero tratando de descifrar las frases sin sentido del escritor descendiente de unos hilarianos comunes y corrientes, tal vez un poco más arrogantes que sus vecinos.

Después de pasar por Versalles, todavía muy cerca de París y con el desayuno en el procesador estomacal, decidimos comenzar a comernos los pistachos. Pensamos que era mejor hacerlo en el tren, porque en Illiers estaríamos caminando y no sería lo más cómodo ir abriendo las conchas con las uñas y guardándolas en los bolsillos o en lo profundo del saco que los contenía, para no dejar en las calles del pueblo

el rastro rosado de nuestra visita. Pero bastó con probarlos para saber que nos habían engañado: los pistachos verdes estaban pálidos, viejos y blandos, incomibles, y seguramente eran una artístada en la vitrina de la charcutería. Interpretamos mal la tintura rosa, pero el comerciante entendió perfectamente la ignorancia y la ingenuidad de los suramericanos y decidió aprovecharla, distorsionando el principio que recitó alguna vez Martin Heidegger: “Para qué ser poeta en tiempos de penuria”.

Pero nos quedaba la botella del *cognac* Courvoisier, ese sí bueno, perfectamente resguardado por el conjunto de tapa y sellos, aromático desde la primera expiración del caldo tras el descorche, poderoso, revitalizador, embriagante.

Y al fondo de la llanura, las torres impares de Notre Dame de Chartres hacían gótico el paisaje del siglo XII y confirmaban la permanencia de *En busca del tiempo perdido* en la sensación literaria que es mi vida.

Después de Chartres, con el vagón sin más viajeros que los dos hermanos, el tren artesanal agotó la llanura de La Beauce, donde ya se habían cosechado las espigas amarillas de las que manaba el aceite vegetal. Y apareció ante mis ojos, a la izquierda, fijo en un tubo vertical sobre el muelle frente a una estación casi imperceptible, por pequeña y discreta, un letrero para recordar: “Illiers-Combray”.

El pueblo de Illiers (de Hilario, Saint Hilaire, el patrono), agradecido, orgulloso y feliz, expresó su dignidad en el centenario del nacimiento de Marcel Proust, en 1971, manteniendo el nombre original de su pueblo y adicionándolo con el Combray de la novela de su escritor, con lo cual completó su dignidad literaria.

El pueblo era pequeño, y me alegró caminar por sus calles, ver la pulcritud y la corrección de sus construcciones, la sencillez y la autenticidad de los habitantes (casi todos mayores,

viejos, en general), tomar el vino de la casa en la cantina al otro lado de la placita de la iglesia (Saint Jacques, llamada Saint Hilaire en la novela), visitar el museo en la casa de la tía abuela del escritor (tante Leonie), comprar un libro de ensayos sobre Proust y su obra, editado por y para el museo, hacerme miembro de la Sociedad de los Amigos de Marcel Proust y de Illiers-Combray, visitar la iglesia con el libro en la mano para conocerla con la guía del autor, fotografiarme en el parteluz del pórtico, seguir en el mapa, en la novela y en la biografía la ruta proustiana, dormir en el Hotel des Guermentes (“El mundo de Guermentes” es el título del tercer tomo de la novela), no sentir durante el sueño ninguno de los fantasmas que invoqué en la ensoñación previa al silencio de muerte de una larga noche.

Y comprendí que Marcel Proust, el autor de *En busca del tiempo perdido*, no estaba en Illiers-Combray, y que la obra solamente la encuentro en su lectura lenta a través de los años, tantos años cuantos yo viva desde ese día de junio de 1983, presente en mi “memoria involuntaria” e incorporada a mi aliento literario. Este aliento se me presenta, sin llamarlo ni buscarlo, en cualquier momento de mi lectura y mi escritura, porque es un fantasma de mi propia sangre, mi imagen reproducida en cada frase que leo o escribo, porque esa literatura alberga mi identidad.

José Manuel Arango, ganador del Premio Nacional de Poesía de la Universidad de Antioquia en 1988, me dedicó con estas palabras su libro de *Poemas escogidos*: “Que Proust nos libre de todo sentimentalismo. Y, sin embargo, con un abrazo. José Manuel. Copacabana, oct. 29 de 1988”.

Eduardo Peláez Vallejo es escritor. Ha publicado los libros: *Retratos*, *Desarraigo*, *Este caballero a caballo* y *Aves de paso*. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.